

dor general. Contiene la obra minuciosos detalles de las justas celebradas por los dos cabildos, la Universidad, los gremios y los particulares. En el certámen literario se marcan los puntos sobre que han de versar las composiciones. Mas de una se dirige á describir y enaltecer los méritos y prendas de Aliaga. Empuñan los poetas ya la cítara suave, ya la armoniosa trompa; cantan sus talentos, su fé, su celo religioso, sus honores, sus timbres, sus servicios; hacen repetidas alusiones á su vida, á su comportamiento, á sus estudios, y ni una leve indicacion, ni una sola palabra por casualidad deslizada entre tantos versos, que pueda autorizarnos á afirmar que cabalgó sobre las álas de Pegaso ó que rindió culto á las bellas letras.

Recojió el activo cronista don Juan Francisco Andrés de Ustarroz en los comienzos del siglo xvii los materiales necesarios para su «Biblioteca de escritores aragoneses.» Facilita sus apuntes á don Nicolás Antonio, cuando este trabajaba la suya, y ni en los unos ni en la otra se lee el apellido Aliaga. Verdad es que tampoco se encuentra en el «Aganipe de los cisnes aragoneses» del mismo Andrés de Ustarroz, si bien la fecha que lleva el manuscrito que conocemos de esta produccion es de 1603. (41)

Continúa el doctor don Vicencio Blasco de Lanuza, (42) penitenciario de la Catedral de Zaragoza y calificador del Santo Oficio, los anales de Zurita desde 1556 á 1618. En el capítulo cuadra-

jésimo tercero, tomo II, impreso en 1622, aparecen las biografías de los hermanos Aliaga. Entra en detalles para encomiarlos, ensalza su ciencia, gobierno, providencia, religion y virtud, y ni palabra sobre sus aficiones literarias.

Acontece lo propio con Ballester, Arcediano de la Iglesia metropolitana de Valencia, que dió á la estampa (43) en 1672 su «Identidad de la imagen del convento de San Salvador de aquella ciudad con la idéntica de Berito.» Habla del sepulcro que el arzobispo Isidoro hizo labrar para su hermano; pudo añadir que este fué celebrado por sus escritos, no lo hizo. Mas al lado de este testimonio, que es de poca monta, existe uno poderosísimo: en la obra publicada en París en 1721 con este título: «Scriptores Ordinis Prædicatorum, Recensiti, etc.» por Quetif y Echard, (44) se comprenden todos los escritores dominicos, y no se encuentran entre ellos á los Aliagas.

En el «Manual de los dominicanos, informe de los blasones mas gloriosos de la Religion de Predicadores,» por el maestro señor Tomás Madalena, de la misma orden, impreso en 1746, hay un capítulo con amplias noticias de nuestro dominico. Dícese en él cuanto es imaginable á fin de estremar su alabanza, y nada se espresa sobre sus escritos poéticos ó literarios. Cierta es que el mismo Madalena, en su «Allegatio histórica scriptorum ordinis predicatorum» 1738, citada por Latassa, asienta que escribió:

i. Varios opúsculos sobre asuntos graves de la monarquía española y de su general Inquisición.

ii. Una docta alegación ó memoria de los sucesos de su siglo, que se imprimió y guardaba en el archivo de su convento.

iii. Diferentes cartas que instruyen en diversos útiles asuntos.

Antójasenos que Madalena se refería antes que á otra cosa á informes, memorias ó consultas manuscritas propias de los cargos que ejerció Aliaga, lo que no significa que fuera literato en la aceptación rigurosa de la palabra. Que Aliaga escribió de asuntos de Estado, no es dudoso. En la Biblioteca Nacional guárdase—antes lo dijimos,—un voluminoso infolio que comprende enteramente comunicaciones de su puño y letra, y los herederos del señor Cavanilles, se nos dice, poseen tres que no contienen otra cosa. Repetimos que Madalena en su «Manual» no afirma que Aliaga fuera literato, tampoco lo espresa don Inocencio Camon, que en 1768 escribió sus memorias literarias y se ocupó de Aliaga en el concepto de catedrático de la Universidad de Zaragoza. Cita Camon á Madalena y á Fraylla (Lucidario, etc.) y á pesar de lo dicho por el primero en el «Allegatio» no se le ocurre hablar de Fray Luis como autor, lo cual parece que corrobora lo antes espuesto sobre el modo como debe entenderse la aseveración de Madalena.

Al consagrar Quevedo un párrafo de los «Anales de quince días» al retrato de Aliaga, ¿cuánto no habría gozado sacando á relucir sus flaquezas? ¿cuánto—si públicamente se sabía que había escrito el Quijote anónimo—no le hubiera complacido azotarle con su implacable sátira? Y no obstante, Quevedo guarda silencio, como lo guardan Villamediana, Góngora y los autores de los memoriales que contra el dominico se escribieron y pusieron en manos de Felipe IV.

Solo Latassa (45) lo incluye entre los escritores aragoneses en su Biblioteca publicada en 1799, mas el motivo es patente. Refiérese á lo manifestado por Madalena, diciendo que segun éste, Aliaga escribió los dichos papeles. Latassa estaba interesado en aumentar el catálogo de las glorias literarias de su país; como Madalena, quiso que Aliaga—notabilidad de primera categoría en vida—figurase en la lista de los autores dominicanos, honrando de este modo la orden á que ambos pertenecían. Por eso le consideró escritor lo mismo que al arzobispo de Valencia don Isidoro, su hermano, fundándose en que había escrito algunas cartas latinas. Pudo Aliaga redactar y escribir muchos papeles sobre negocios diferentes, no libros para la estampa; pudo tener muchas letras, esto es, mucha erudición y doctrina, no ser poeta dramaturgo, novelista ó literato.

Y ahora bien, ¿es el falso D. Quijote producto de una pluma no avezada á triunfar de las difi-

cultades de la composición? ¿Podrá sostenerse que no hay en su estilo facilidad, arte, experiencia y hasta atildamiento? Respondan por nosotros autoridades tan competentes como Montiano y Luyando, Hartzenbusch, Fernandez Guerra, La Barrera, Rossell y otros que estiman la obra como de mucho mérito; respondan cuantos han gozado su lectura tan sabrosa como entretenida.

Publicóse que Aliaga vino á Madrid en 1603 echado de Zaragoza y que aquí contrajo amistad con Lope de Vega. Quevedo afirma en parte lo primero, lo segundo no ha pasado de una sospecha que quedará desvanecida cuando se sepa que el escritor satírico, llevado de la ojeriza que profesaba á Aliaga, ó inducido en error por algun informante apasionado, se equivocó. Consta que en 1603 (46) Aliaga leía teología en la Universidad de Zaragoza con universal aplauso y que allí continuaba en 1604, en cuyo año se le premió, nombrándosele prior del convento de San Ildefonso. De 1601 á 1604 Lope de Vega tuvo su habitual residencia en Sevilla, aunque hizo un viaje á Toledo. (47) Además fantasean los que hablan de la amistad íntima que existió entre el dominico y el Fénix de los ingenios. En la coleccion de cartas del último que se conserva en el archivo de la casa de Altamira, léense dos ó tres donde se cita incidentalmente Aliaga con ostensible indiferencia, demostrando que no vivian estrecha y

carñosamente unidos por acendrada afición y simpatía. (48)

Como prueba concluyente se adujo que Aliaga habia escrito y publicado en 1626 la «Venganza de la lengua española.» Comparado este folleto con el tordesillesco D. Quijote, resultaban vaciados en el mismo molde, luego tras Fernandez de Avellaneda estuvo el fraile zaragozano. Por desgracia este aserto es tan deleznable como todos los otros. La «Venganza de la lengua española,» segun todas las apariencias, no brotó del caltre de Aliaga por una razon tan sencilla que escusa la réplica. Fué motivada la «Venganza» por el «Cuento de cuentos;» y si algo significan los datos positivos que la bibliografía ha recogido, puede sostenerse que este no vió la luz por primera vez hasta 1629, tres años despues de muerto el ex-confesor. Las ediciones mas antiguas de la obra de Quevedo son posteriores al año 1628, nadie ha visto, ni hablado de alguna anterior, si se esceptúa la sospecha apuntada recientemente por algun colector ilustre que se limitó á hacerse eco de la noticia que le trasmitiese otro celoso bibliógrafo. Lo propio acontece, nótese bien, con la «Venganza;» es decir, que su edicion mas antigua se remonta á 1629, sin que se señale ninguna anterior, ni conste que esta no sea la primera. (49.)

Conocidos estos hechos parecen escusados los comentarios. Declaremos, pues, que á esta fecha

se ignora quien fuera el anónimo aragonés ó castellano que escribió la novela contrahecha; que la crítica no ha pasado del punto en que se encontraba hace ciento treinta años; que nada se ha adelantado y que el asunto del «Quijote» apócrifo no se debe confundir con el particular relativo á los infortunios de Cervantes. Forzoso es distinguir entre sí estos dos argumentos, cesando de confundirlos y asociarlos: una cosa es el problema literario y otra la desventura de nuestro autor. ¿Tuvo Aliaga en ella alguna parte? Hé aquí un tema muy diverso del que hemos ventilado y que reclama toda nuestra atención. Habremos de discutirlo oportunamente; ahora solo procede que digamos algunas palabras mas sobre el falso «D. Quijote,» movidos por el deseo de enderezar el rumbo de la crítica que en nuestro modo de ver tira á perderse y descarriarse.

VI.

¿CON QUÉ FIN SE ESCRIBIÓ EL «QUIJOTE» APÓCRIFO?

Corre acreditada la doctrina de que el anónimo tordesillesco se propuso, sobre defenderse á sí propio y defender á Lope de Vega de agravios que Cervantes les había inferido, quitar á este la ganancia que podría obtener publicando la segunda parte de su famosa historia, según que había anunciado en el prólogo puesto á sus comedias. Añádese que, aparte de esto, el falso Quijote tiraba á herir y dañar á Cervantes, siendo la manifestación patente del odio y de la saña con que su encubierto enemigo le perseguía. Imbuidos en